
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

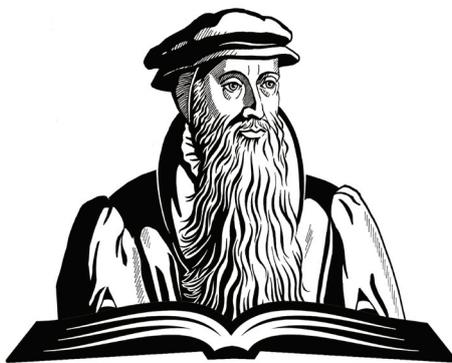
Lección 105: La huida de Jonás

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 105

LA HUIDA DE JONÁS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 105

Después de haber sido liberado del gran pez, el Señor habla con Jonás por segunda vez: «Levántate, ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré». Esta vez, Jonás no intenta huir, sino que obedece de inmediato, y emprende el viaje hacia Nínive.

Esta capital es descrita como «una ciudad sobremanera grande, de tres días de camino». ¿Cómo debemos entender esto? Al igual que muchas ciudades en la actualidad, hay un núcleo central, y los suburbios de alrededor. Si alguien tuviera que caminar alrededor de toda la zona de la ciudad, incluyendo los suburbios, le tomaría aproximadamente unos tres días hacerlo. Se cree que Nínive con sus alrededores, tenía un diámetro de unas 60 millas, o 100 kilómetros. Esta era, sin duda, una ciudad grande. Pero, como señalan algunos comentaristas, «grande» también significa *grande para Dios*, ya que Dios tenía un interés especial en esta ciudad.

Cuando Jonás entró en la ciudad, buscó un lugar adecuado para comenzar su predicación. En un momento dado, comenzó a predicar: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida». Puede que su predicación incluyera más palabras, pero las Escrituras no nos dicen directamente si fue así o no. Sin embargo, Jonás recorrió la ciudad predicando esas palabras.

¿Nínive será destruida? ¡Por supuesto que no! Estoy seguro que recuerdas de la lección anterior, el tamaño de los muros interiores y exteriores de esta ciudad. ¿Cómo alguien podría traspasar estos muros para destruir la ciudad? Pero Jonás sigue predicando. Y, sin embargo, leemos que el pueblo de Nínive le creyó a Dios.

En hebreo, dice que el pueblo creyó *en* Dios. No dice que el pueblo le creyó a Jonás. No dice que el pueblo creyó en el mensaje de Jonás. Dice que el pueblo creyó en Dios. Esto no es nada menos que un milagro. Judá e Israel, o la mayoría de sus habitantes, no creyeron a los profetas que Dios les había enviado. Ignoraron a los profetas, y no se arrepintieron ni se volvieron al Señor. Pero estos paganos escucharon la palabra del Señor a través del profeta Jonás, y, además, creyeron.

Finalmente, llega la noticia al rey, y en lugar de descartar el mensaje de Jonás como una necedad de un judío loco, él se arrepintió cubrió de saco, y se sentó sobre ceniza,

mostrando una señal sincera de duelo. El rey también ordena que todos, tanto personas como animales, ayunen y se cubran de saco. No se permitió dar ni comida ni agua a ninguna persona ni animal, y se les pidió que clamaran fuertemente al Dios de los israelitas, y se arrepintieran.

¿Puedes imaginar el clamor que subió desde esta ciudad? Piensa en ello. Si alguna vez has estado cerca de animales de granja que están sedientos, sabrás el sonido que pueden hacer. Ahora imagina cientos de animales, rebaños de ovejas y cabras, caballos, etc, todos haciendo ruido por causa de su sed; y sumado a esto todas las personas clamando en oración a Dios. Este alboroto debió haberse oído a kilómetros de distancia.

¿Y cuál es su objetivo? ¿Por qué están haciendo esto? El rey dice: «¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se volverá del furor de su ira, y no pereceremos?». El rey creyó que Dios destruiría la ciudad, pero también creyó que valía la pena hacer el esfuerzo de arrepentirse y ver si Dios tendría misericordia. ¿Y qué pasó? Dios vio su arrepentimiento, vio que era genuino, y no destruyó la ciudad. ¡Qué maravillosa es la gracia de Dios! ¡Y qué contraste con el comportamiento de los israelitas!

¿Y qué pasó con Jonás? Él debe estar muy contento de que su predicación haya dado fruto. Creo que, si un predicador de la calle de hoy viera a una ciudad entera arrepentirse como resultado de su predicación, estaría lleno de gratitud. Pero aquí leemos que «Jonás se disgustó en extremo, y se enojó».

Pero, Jonás, ¿cuál es el problema? Escucha lo que dice: «Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me previne huyendo a Tarsis; porque yo sabía que tú eres Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y grande en misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora, pues, oh Jehová, te ruego que me mates, porque mejor me es la muerte que la vida».

La sospecha inicial de Jonás era correcta. Él pensaba que podría haber una posibilidad de que los ninivitas se arrepintieran, y luego siguieran creciendo y fortaleciéndose como nación, para después invadir y conquistar a Israel. Jonás está enojado, decepcionado y tan deprimido que desea estar muerto.

Dios le pregunta: «[Jonás], ¿haces bien en enojarte?». Jonás no responde, sino que camina hacia el este de la ciudad y, a la distancia, se sienta a observar. Tal vez la ciudad sea destruida después de todo. Jonás hace una pequeña choza o cabaña con tallos y ramas, y se sienta a esperar. Así que, para este momento, no sabemos si los cuarenta días habían pasado o no. Si no han pasado, entonces Jonás estaba esperando para ver si la Palabra de Dios se cumplía tal como lo había dicho. Si los cuarenta días ya habían pasado, entonces Jonás pudo haber estado esperando para ver si los ninivitas volvían a caer otra vez en sus pecados, y ser castigados. Pero él todavía sigue aferrándose a la

esperanza de que serán destruidos, y quiere ver cuando eso suceda. Quiere verlos recibir lo que se merecen.

Hace calor donde Jonás está esperando y observando, y la cabaña que hizo para protegerse del sol le proporciona algo de sombra, pero no es lo ideal. Dios prepara una calabacera, o una planta con hojas grandes que crece rápidamente, y sus hojas llenan los espacios entre las ramas del techo. Ahora Jonás está cómodo, y leemos que «se alegró grandemente». Solo por una simple planta, Jonás pasa de estar sumamente enojado a estar sumamente contento.

Pero a la mañana siguiente, Dios preparó un gusano para herir las raíces o el tallo de esta planta, y tan pronto como el sol calentó, la planta se marchitó. La sombra desaparece. Y luego Dios prepara un «recio viento solano». Fíjate que esta es la cuarta vez en el libro de Jonás que leemos que «Dios preparó». Sí, Dios preparó un gran pez, Dios preparó una calabacera, Dios preparó un gusano, y ahora Dios preparó un recio y cálido viento solano. Toda la creación está en las manos de Dios.

Ahora el sol vuelve a herir la cabeza de Jonás, y el viento caliente lo hace desmayar. Básicamente, él está sufriendo una insolación, y murmura para sus adentros: «Mejor sería para mí la muerte que la vida». Jonás está enfadado como un niño malcriado que no consiguió lo que quería. Dios le hace una pregunta a Jonás: «¿Haces bien en enojarte por la calabacera?». «Hago bien en enojarme, —respondió él— hasta la muerte».

Ahora es el momento para que Dios le enseñe a Jonás: «[Jonás], tú tuviste lástima de la calabacera, te lamentaste cuando se secó y murió, pero tú no trabajaste ni la hiciste crecer, en espacio de una noche nació y en espacio de otra noche pereció, y tú no tuviste nada que ver con ella. Era solo una planta. Y, ¿qué con Nínive?»

Solo niños, habían 120,000, sin contar al resto de la población que, probablemente, sumaba más de 600,000 personas en total. Y también habían muchos animales. Así que la pregunta es, —Dios le dice a Jonás— «¿y no tendré yo piedad de Nínive». Dios está comparando a los 120,000 niños inocentes, que no tienen la edad suficiente para distinguir entre el bien y el mal, y a los miles de animales, que no han hecho nada malo, con la planta. Si Jonás puede tener compasión por la planta, ¿por qué Dios no puede tener compasión por los habitantes de Nínive? Esa es la pregunta que Dios le plantea a Jonás.

No se nos dice cuál fue su respuesta, pero es evidente que Jonás ya conocía la respuesta, dado que él ya lo había dicho antes: «Yo sabía que tú eres Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y grande en misericordia, y que te arrepientes del mal». Jonás sabía esto porque él mismo merecía perecer en la tormenta en el mar Mediterráneo, pero Dios le perdonó la vida.

Cada uno de los cuatro capítulos del libro de Jonás tiene un tema específico. En el primer capítulo, vimos el intento de Jonás de huir de Dios. Creo que podemos ver un

paralelismo aquí con Adán y Eva, quienes también intentaron huir o esconderse de Dios. En ambos casos, ellos sabían que no debían hacerlo, pero lo hicieron de todos modos. Y en ambos casos, fue Dios quien, en su gracia, los buscó y los perdonó. ¿Hemos aprendido que, por naturaleza, nosotros también estamos constantemente huyendo de Dios? Si estamos fuera de Cristo, estamos corriendo en la dirección equivocada.

En el segundo capítulo, vimos a Jonás volverse a Dios. Reconociendo su situación, Jonás hizo lo único que podía hacer: Orar. Cuando el Espíritu Santo obra en nuestros corazones, vemos por primera vez nuestra verdadera condición: que estamos muertos en delitos y pecados, y que tenemos una deuda eterna de pecado en nuestra cuenta. El Espíritu también nos muestra la única solución, como Jonás confesó: «La salvación pertenece a Jehová». Entonces, por gracia, también nosotros volvemos al Señor.

El capítulo tres nos muestra cómo Jonás obedeció el mandato original del Señor. Hizo lo que debía haber hecho al principio, y llevó el mensaje de Dios al pueblo de Nínive. Dios bendijo el mensaje, y el pueblo se arrepintió. En el Nuevo Testamento, Cristo se refiere a esto cuando dice: «Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás; y he aquí, uno mayor que Jonás en este lugar». Israel no se arrepintió, Judá no se arrepintió, y los fariseos no se arrepintieron, pero los ninivitas sí lo hicieron. ¿En cuál grupo estamos nosotros?

Finalmente, en el último capítulo, vimos como Dios reprendió y enseñó a Jonás. Dios utiliza una simple planta y un gusano para mostrarle el valor de la vida humana, el valor del alma. Lo más probable es que Jonás regresó a Judea después de haber sido instruido por el Señor, tal vez incluso reconociendo la bondad del Señor en todo lo que había sucedido. Por ahora, Nínive está a salvo. Pero sabemos que no pasó mucho tiempo antes de que los ninivitas volvieran a sus caminos pecaminosos. Cuando cubramos la lección sobre el libro de Nahúm, veremos cómo él profetizó acerca de su destrucción.

Hay mucho que aprender de este libro. Vemos el resultado de la desobediencia y del pecado en general. También vemos la importancia y el valor del verdadero arrepentimiento. Como el apóstol Pablo dice en 2 Corintios 7:10: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte». Que Dios, en Su gracia, nos conceda a cada uno de nosotros ese arrepentimiento.